

Conclusiones



DOI: <https://doi.org/10.52501/cc.312.00.02>

En el municipio de Güémez se han implementado algunas estrategias para la prevención de la violencia escolar, sin embargo, es un problema que persiste en las aulas. El taller “¿Qué papel juegas tú? ¿Amigo, espectador o víctima?” tuvo un impacto positivo en las niñas, los niños y los adolescentes que asistieron, pues les brindó información suficiente para diferenciar entre conductas de juego entre niños y formas de violencia, además de contribuir a que comprendieran los efectos del acoso escolar o *bullying*. De igual manera, tras concluir las sesiones, mostraron disposición para trabajar en la prevención de la violencia escolar.

La respuesta de los profesores fue muy similar a la de los estudiantes, ya que al concluir el taller demostraron tener información suficiente sobre la violencia escolar para distinguir las formas en que se manifiesta, sus efectos y las características de los participantes. Además, cabe destacar que se mostraron dispuestos a intervenir en situaciones de acoso escolar priorizando el diálogo con los estudiantes y procurando su desarrollo emocional.

Ahora bien, aunque los alumnos y los profesores están dispuestos a ayudar a prevenir la violencia escolar, esa no es una tarea tan sencilla, pues involucra trabajar con el complejo entramado de relaciones de poder que configuran día a día los comportamientos y expectativas en el salón de clase. Comprender estas dinámicas de poder, tanto en lo material como en lo simbólico, es esencial para llevar a cabo una crítica transformadora que cuestione las estructuras que legitiman la violencia escolar.

El poder que entorpece e inhibe el ejercicio de los derechos humanos de las personas dentro de las aulas y limita su desarrollo académico y social,

el que requiere la participación de un estudiante como agresor, y de otro como víctima, no puede ni debe ser normalizado.

La evidencia empírica analizada, así como la complejidad de la violencia escolar, sugiere que esta debe abordarse desde un enfoque multidisciplinario e interdisciplinario. De igual manera, para prevenirla es vital contar con la participación de los profesores, la familia, la comunidad y los gobiernos en todos sus niveles.

Como se mencionó anteriormente, el rol del docente es fundamental para la formación de los estudiantes, pues sus actitudes y comportamientos son fuente de inspiración y motivación para ellos. En consecuencia, debe priorizarse su capacitación en el desarrollo de competencias socioemocionales en sus alumnos.

En lo que se refiere a las instituciones educativas, a ellas corresponde el trabajo de promover la convivencia armónica entre los alumnos. Para ello, es importante construir y fortalecer puentes de comunicación con los padres de familia porque ellos son los pilares de la educación de los niños, las niñas y los adolescentes. Cultivar el respeto y la comunicación en el hogar y en las comunidades en general mediante el diálogo y trabajo colaborativo es vital para prevenir la violencia escolar.

En añadidura, desde una perspectiva nacional, es necesario implementar políticas públicas integrales más agresivas para prevenir la violencia, lo cual implica destinar mayores recursos a esta labor, contar con personal especializado para brindar acompañamiento psicológico e instaurar mecanismos de denuncia y sanción restaurativa.

La educación es un compromiso de todos, pero como sociedad no estamos asumiendo el rol que nos corresponde; la familia se deslinda de la educación de sus hijos y atribuye esa función a la escuela, la cual se centra en profesionales y profesionistas, y, en consecuencia, se deja de lado la formación en valores de las niñas, los niños y los adolescentes, a la vez que carecen de la seguridad emocional necesaria para su desarrollo integral.